

# Peronismo

● José Pablo Feinmann

*Filosofía política de una obstinación argentina*

**78** La primavera camporista (II)





llegó para destrozarse todos los sueños de la Tendencia, que incluían la muerte política del Tío. ¿Se atrevería? ¿Intentaría algo? ¿Lograría el oscuro dentista de San Andrés de Giles ir más allá de sí mismo? ¿Cuántos hombres pueden algo así? Difícil, muy pocos. Más difícil aún para Cámpora que había definido su existencia bajo el signo de la lealtad a Perón. Ahora también quería ser leal a esos jóvenes a los que había empezado a querer. Su destino era el del *jamón del sandwich*. Pero, de ese sandwich tóxico, seguramente su parte más sana terminaría por ser el jamón. Cámpora fue la imagen del perejil de superficie. Del que creyó que se podían hacer las cosas sin grandes costos, sin sangre. Del que ni sospechó la torpeza y el desprecio por la vida de sus propios militantes que animó a la conducción de la Orga (sobre todo a partir del '74) y del que ni imaginó hasta dónde podía llegar el compromiso de Perón con la derecha del movimiento. Como sea, el discurso de la Plaza del 25 termina con la frase axial de Perón y del peronismo: *de casa al trabajo y del trabajo a casa*. Es imposible concebir una frase menos ligada a toda idea de movilización popular que ésta. Su antítesis, en gran medida, es *gobernar es movilizar*. Podría decirse que nosotros meábamos fuera del tarro. Es evidente. Pero no porque no conociéramos el tarro. Meábamos dentro de otro tarro, no afuera de ninguno. Sólo que nuestro tarro no era *de casa al trabajo y del trabajo a casa*, sino *gobernar es movilizar*. En éste meábamos. Lo que proponíamos era un cambio de tarro. “Miren, compañeros peronistas, ya se ha meado bastante en el tarro que propone *de casa al trabajo y del trabajo a casa*, ¿qué tal si se empieza a mear un poco en el que proponemos nosotros, *gobernar es movilizar*?” Pero el Viejo tenía demasiados problemas de próstata y no quería cambiar de tarro. Por sus convicciones de manipulador social y de apartar a los obreros de la combatividad militante y porque, en el remoto caso de querer cambiar de tarro, seguramente Lopecito lo habría convencido de que no llegaría nunca al nuevo y, en el trayecto, se mearía encima.

Otras consignas de la Plaza del 25 fueron:  
*Montoneros, FAR y FAP  
en la guerra popular*

*Los peronistas joda, joda, joda  
y los gorilas llora, llora, llora*

*Dame una mano  
dame la otra  
dame un gorila  
que lo hago pelota*

El “tono infantil” de esta última (basada en un juego de la niñez y practicado sobre todo por niñas) pareciera negar la dureza de la Jotapé y tal vez lo haga. Pero, ¿no eran acaso “niños terribles”? ¿No estaban en rebelión contra todo lo que habían recibido de sus padres, contra el entero mundo que les habían legado? Nacidos casi todos en hogares gorilas, no había uno cuyo padre no hubiera sido un terrible antiperonista con el que había tenido que discutir fieramente su opción por el “tirano prófugo”. Para muchos, esa “opción” determinó el raje del hogar paterno. El cambio de un padre por otro. Además, la familia del nuevo padre era enorme, fascinante, peligrosa, rebelde, joven. De modo que la consigna no quedaría tan infantil si le diéramos su verdadero, oculto significado:

*Dame una mano  
dame la otra  
dame a mi viejo  
que lo hago pelota*

Reconozco que he cedido a las tentaciones de un pocket-Freud bastante berreta. Pero no retiro la interpretación. Funciona bien. Los jóvenes —es un lugar común y, aunque común, verdadero— son siempre rebeldes. Si el James Dean de *Rebelde sin causa* hubiera nacido en Buenos Aires para ser joven en los '70 habría sido militante de la Tendencia.

### NUNCA VIVAS DONDE NO TE DEJAN VER A UNA MINA EN BOLAS

Sigamos. Otra consigna se había voceado durante toda la jornada: *Cámpora presidente! libertad a los combatientes*. (Nota: Estas consignas pueden encontrarse en el muy buen libro de Ernesto Jauretche, que a cada coyuntura le adosa las que la acompañaron. El libro, pese a su título algo pendenciero —*No dejés que*

*te la cuenten*—, está bien trabajado y trae testimonios muy valiosos. Corrigiendo: el título va más allá de lo meramente pendenciero. Es más rico que eso. Se presenta como la *única* verdad sobre la militancia de los '70. Los “otros”, éstos, “te la cuentan”. Nosotros no, dice Ernesto, te damos la precisa. La frase encierra un desdén por el lector: que no va a ser capaz de distinguir entre quien “se la cuenta” y quien no. Es cierto que se propone ser “popular”, se trata de una frase de barrio, de base. “No dejés que te la cuenten, pibe. Escuchalo a Ernesto que se la sabe lunga.” Pero por más lunga que se la sepa Ernesto, su versión será una más. Hasta por ahí sale un libro o un panfleto titulado: “No dejés que Jauretche te la cuente”. Aquí, los que quedamos para contarla y los que todavía queremos encarar el riesgo de contarla, la contamos todos. Cada uno cuenta la suya. Algo de verdad sin duda habrá en cada versión. Pero son eso: versiones. Ninguna será la verdad absoluta como para afirmar que todos los demás “te la cuentan”. Lo bueno del libro de Jauretche es que él cuenta poco porque les da la palabra a protagonistas relevantes de los hechos. Que también “te la cuentan”. Porque, en esta vida, te la cuentan todos. Al final, uno tiene que elegir la que se va a contar a sí mismo. Acaso todas estas centenas de páginas no sean sino la forma en que yo me la cuento a mí mismo. Y no está mal que así sea. Lo único que pido es que todos lo reconozcamos. La verdad absoluta sólo Dios la tiene. Y Dios de peronismo no sabe un pomo. O porque no le interesa o porque renunció a entenderlo (sabía decisión) y se consagró a elucidar cuestiones menos complejas: si Él existe o no, por ejemplo. Además, recordemos, el *compromiso con el pueblo* de la juventud peronista era: “Primera ley vigente: libertad a los combatientes”. Y seguía: “Los candidatos electos (recordamos este texto ahora) de la juventud peronista en los niveles nacional, provincial y municipal comprometen formalmente su acción ante el pueblo para el logro de los siguientes objetivos fundamentales: *Primero*: La investigación incondicional y sin discriminaciones de todos los compañeros presos políticos, gremiales y conexos” (*Envido*, N° 9, mayo, 1973, p. 6). Entre los firmantes —que son varios— figuran algunos nombres que han continuado en la política argentina. Que, podría decirse, han llegado a ser presidentes de la República y acaso lo intentan todavía. Pues entre los diputados provinciales figura un tal Adolfo Rodríguez Saá, hombre que carga sobre sí el prestigio de ser descendiente del glorioso caudillo cuyano Juan Saá (¡al que Alberdi consideraba “el verdadero vencedor de Pavón!”), quien es derrotado —luego de valiente lucha— en la batalla de San Ignacio, el 1° de abril de 1867. (Nota: Las tropas de Buenos Aires estaban al mando del coronel Arredondo. Hay una calle que se llama así a dos cuadras de mi casa, ¿será en memoria de este carnicero? Siguiendo las órdenes de Mitre —*guerra de policía*— las tropas de Arredondo “se ensañaron con sus propios compatriotas y degollaron a muchos prisioneros rendidos” (Busaniche, *ob. cit.*, pp. 767/768). Como digo a menudo: Busaniche *no es* revisionista. Es un liberal. Pero es honesto.) Era el sistema del mariscal Bougeaud, que pronto veremos aplicar a los sicarios de Videla adiestrados por los Bougeaud del siglo XX: los paras de Argelia). De modo que el gobierno de Cámpora no tenía otro remedio que apurar la liberación de los prisioneros políticos. *Un acto perfectamente razonable y legítimo*. A ver si entendemos alguna vez estas cosas de nuestra historia y se dejan de oír en las radios de la tarde, en los taxis y en las peluquerías —al tratarse estos temas— las miserables idioteces de siempre. *Los presos políticos que liberó el gobierno de Cámpora eran prisioneros de siete años de gobiernos dictatoriales*. (Si contamos sólo los de la Revolución Argentina. Porque los gobiernos *inconstitucionales venían desde el 16 de septiembre de 1955*.) Los presos políticos de las dictaduras son indultados por la mayoría de los gobiernos democráticos que las suceden, si son honestos. Basta ya de mentiras, de bajezas: Cámpora no se equivocó. No se liberó “a los guerrilleros de todas las cárceles”. No podemos saber —en primer lugar— si todos eran guerrilleros. Sin duda, no lo eran. Eran los hombres y mujeres que siete años de una dictadura militar había encerrado en las mazmorras del régimen. ¿Les gusta la frase, señores críticos profesionales del camporismo, legales constitucionales, defensores de la república, de las instituciones? ¿De qué hablan? ¿Qué república, qué instituciones, qué aparato de seguridad había puesto en las sentinas dictatoriales a enemigos políticos que hacían frente a un régimen ilegal, inconstitucional, a una república

sin Parlamento, hueca de instituciones, con una policía sin controles judiciales, violenta? La democracia recién volvió al país por medio de las elecciones del 11 de marzo de 1973. Y se intentó restaurar el 12 de octubre del mismo año con la fórmula Perón-Perón. Si se restauró, lo veremos. Pero el gobierno de Cámpora fue excepcionalmente democrático. No niego que fue doloroso para los miles y miles de argentinos fachos que crecen como hongos en esta tierra. Lo vieron como un desborde subversivo. Había llegado —por ahí: por mayo-junio del '73— al Aeroparque de Buenos Aires. Iba seguramente a Córdoba. Me detengo ante un kiosco de revistas. ¡Qué hermoso, nuevo, vital, saludable espectáculo! El kiosco desbordaba de revistas que habían sido prohibidas durante años, durante siglos. ¡Bravo, Cámpora, bravo! ¡Al fin uno veía una teta en un kiosco de revistas! Era una revolución. Ahí estaba *Playboy*. Ahí estaba *Playmate*. Ahí estaba *Penthouse*. Estaban los libros que nos habían prohibido leer. ¡Hasta uno que otro de Marx había! ¿Saben los argentinos de hoy que uno tenía que viajar a Montevideo para comprar libros de Marx y Engels durante la “dorada” década del '60? ¿Saben que —junto con el peronismo— se prohibía todo lo que olierá a marxismo? ¿Saben esto? Una vez volví de Montevideo. En el fondo de la valija tenía varios libros de Marx. Arriba había puesto unas ediciones de *La república*, *Las leyes* y el *Timeo*. El tipo de la Aduana de nuestro republicano país me hace abrir la valija. Mira los libros de Platón. “Estos son todos los libros que traje”, le digo. “Bueno”, dice el animal onganiesco. “Porque, ¡no crea que se puede entrar cualquier libro a este país!” Eso dijo el tarado, el lacayo fiel, porque está lleno de desgraciados como ése este país. Tipos que esperan que les den una orden sucia, lo suficientemente sucia como para que puedan cagar a los demás, tratarlos mal. Pasé con mi valija. ¡Me sentía un héroe porque había entrado al país una edición de *La ideología alemana*! Y ahora —en Aeroparque— miraba deslumbrado a una rubia de *Playboy*, con unas tetas espléndidas. Ella también me miraba. Me guiñó un ojo y dijo: “¿Viste? Al fin sos libre. La prueba soy yo. Nunca vivas donde no te dejen ver a una mina en bolas”. Compré la revista, claro. Si esa noche —en el elegante Hotel Crillón al que siempre iba— me ofrecían algo, una linda call girl cordobesa o porteña. En fin, una buena puta, los mandaba al diablo. Tenía una cita secreta con una rubia de *Playboy* y con todas las que seguramente habría adentro en esa revista del pecado, esperándome. También había revistas políticas. Ya había aparecido el *Desca*. *Ahora es hora del pueblo*. *Militancia*. Si hasta *Gente* —con su repugnante oportunismo— tendría una foto de Galimberti. *Panorama*, ni lo duden. Bernetti mediante. Había ediciones del *Kamasutra*. Al fin descubríamos que había más opciones para coger que para votar. Y —de pronto— algo me arranca de mi ensueño. La voz impecable de un “ejecutivo”. En esa fecha les decían así: “ejecutivos”. Había una canción de María Elena Walsh: “Ay qué vivos/ son los ejecutivos/ qué vivos que son/ de su casa al avión/ del avión al sillón / siempre tienen razón/ porque tienen/ la sartén por el mango/ y el mago también”. IDEA no se llamaba Idea Para el Desarrollo de Empresarios en la Argentina sino “de Ejecutivos en la Argentina”. La voz —decía— de un ejecutivo me arrancó de mi encanto primaveral camporista. Era una voz sarcástica. Amenazante. Una voz que decía: “Esto ahora es así. Pero pronto se va a acabar”. El tipo hizo: “¡Ja!”. En serio, primero hizo así: “¡Ja!”. Y después dijo: “¡Pornografía y subversión!”. Estaba con un amigo. Uno como él. Se rieron. Les divertía la cosa. Como si fuera una joda momentánea que se mandaban “los zurdos” en una coyuntura favorable. Sólo eso. En seguida se fueron.

No compraron nada en el kiosco. Ni la rubia de *Playboy* los calentó un poco. Pocos meses después, bajo el gobierno de Perón, todas estas revistas, junto con otras más berretas que llevaban nombres como *Killing* y mostraban chicas de malos hábitos y pocas ropas fueron quemadas en un enorme basural. Su cura empuñaba en alto una cruz, maldiciéndolas. Esa foto siniestra, inquisitorial, me llenó de dudas. O me aclaró algunas. Perón también acababa de prohibir 500 libros. ¡Entre ellos algunos de Pepe Rosa! Recordé a mi rubia de *Playboy*. Eso que me había dicho: “Nunca vivas donde no te dejen ver una mina en bolas”. Qué sabiduría esa mina. Sabía más de política que todos nosotros juntos.

**Colaboración especial:**  
**Virginia Feinmann-Germán Ferrari**